

LA RESTRUCTURACIÓN DEL SECTOR URBANO- INDUSTRIAL DE NIGERIA DENTRO DE LA REGIÓN DE ÁFRICA OCCIDENTAL. LA INTERACCIÓN DE LA CRISIS, LOS ESLABONAMIENTOS Y LA RESISTENCIA POPULAR*

PAUL LUBECK

Universidad de California

La crisis como la criada de la restructuración

HOY EN DÍA ES COMÚN VER QUE LOS medios de comunicación presentan a África como una región del mundo devastada, que sufre crisis múltiples de proporciones realmente bíblicas y donde incluso el tono positivo que plantea la "restructuración" parece demasiado optimista, demasiado eufemístico como para captar la escala de los problemas que enfrenta este continente vasto y heterogéneo. La lista de las catástrofes de la última década incluye: caída vertical de los precios de las materias primas, cambios climáticos y sequías, guerras sustentadas por las superpotencias, la epidemia de SIDA, las hambrunas televisadas, un crecimiento vertiginoso de la población (3.3% anual), deterioro de las instituciones y caos administrativo. El estándar de vida del africano medio en

* Trabajo presentado en el panel sobre restructuración económica y convergencia/divergencia urbanas en el Encuentro de la Asociación Sociológica Internacional realizado en Madrid en julio de 1990.

1991 no es mejor que a fines del periodo colonial, si no es que ha empeorado en términos de la calidad de la vida. En "1987, la deuda externa sin pagar era igual a todo el PIB del África subsahariana y al 350% del total de las exportaciones" (Watts: 1990: 1). Los medios de comunicación, desconcertados por la escala de la crisis, nos presentan a África como una insoluble pesadilla para el desarrollo, cuya resolución está mucho más allá de las capacidades individuales e incluso gubernamentales. Claro está que al definir la crisis de África como insoluble, los administradores del desarrollo global quedan absueltos de toda responsabilidad por la génesis y resolución de dicha crisis. Aún más, esta imagen distorsiona la realidad, pues no le transmite al observador que la crisis actual de África es producto de una economía política global arcaica y disfuncional, donde las circunstancias están en contra de los productores primarios y donde ningún programa de reestructuración, por muy brillante y austeramente administrado que esté, jamás capacitará a esos estados para salir de la miseria y lograr solvencia financiera. Simplemente no existen las tendencias hacia el equilibrio en el mercado internacional de bienes, de manera que el sistema de mercado, tal como está estructurado actualmente, no puede proporcionar un escape de la trampa de la deuda sin un borrón y cuenta nueva. A decir verdad, la desconexión entre la pobreza de África y las economías de alta tecnología que surgen en los estados centrales y en los países de industrialización reciente (PIR) es tan severa que ninguna política orientada hacia el mercado, ninguna reforma ortodoxa imaginable podrían devolverle a esta región devastada el equilibrio que tenía antes como una región subdesarrollada y periférica de la economía mundial, durante la era fordista de la posguerra.

Debemos señalar que los protagonistas que abogan por la reestructuración de las economías africanas según líneas neoliberales, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, no son optimistas respecto de la recuperación de África, aun si los estados africanos devastados siguen estrictamente los programas de ajuste estructural (PAE) de estos últimos. Según un informe reciente del Banco Mundial, *From Crisis to Sustainable Growth*,

El escenario que se propuso para un crecimiento sostenido es frágil. Se basa en asumir que se alcanzarán las metas de los parámetros clave (niveles de inversión, ahorros, incremento de relación capital-producto y otros similares). Todas estas metas son ambiciosas. Algunos países no podrán alcanzarlas; otros lo harán mejor. En la medida en que fracasen, la perspectiva será mucho más desoladora (World Bank: 1989a: 13).

Incluso si se siguen las "ambiciosas" recomendaciones del Banco Mundial, "el ingreso per cápita promedio crecerá menos del 1% durante la década de los noventa y el consumo per cápita total se estancará. . ." (*ibid.*). Luego de una década de una declinación devastadora del ingreso, hasta de un 60 o 70% per cápita, y de prescribir reformas monetaristas y orientadas hacia el mercado, esta reciente afirmación del Banco representa la admisión del fracaso, así como un cambio en la dirección de la política hacia los recursos humanos y el desarrollo sostenido; este cambio, sin embargo, se limita en forma miope a una unidad nacional de análisis, que es en sí una reliquia de las demarcaciones limítrofes arbitrarias de la época colonial. En pocas palabras, lo que presenciamos es el colapso del orden político y económico de la posguerra y la rápida marginalización de África de la economía mundial y, con el fin de la guerra fría, la casi total irrelevancia que tienen los estados africanos para la planeación estratégica de los estados industriales avanzados.

Sin embargo, si usamos un tono más positivo y dialéctico, también sabemos que las crisis necesariamente van seguidas de una ola de crecimiento económico dada —como la explosión de bienes de consumo de la posguerra— que al mismo tiempo suele ofrecer algunas oportunidades. Así, la crisis del sistema estatal en África con su origen colonial es predecible y constituye también una precondition necesaria para un cambio estructural y transformador, con el potencial necesario para crear unidades políticas y económicas viables. Tomando como base esta perspectiva, se analizará el caso de Nigeria a fin de evaluar si la crisis y el PAE han contribuido a la formación de una base industrial para un crecimiento renovado y para una industrialización equilibrada. Más concretamente, la crisis económica y el fin del orden de la posguerra

podrían, de hecho, crear oportunidades para una economía regional en África occidental bajo el liderazgo de Nigeria, pues a pesar de la declinación económica de este país en términos globales, sigue siendo una potencia importante en la región africana. Siendo ya el estado con mayor población de África (*circa* 110 millones de habitantes), representó más de 18% del PIB total de África subsahariana en 1987. La pregunta central es si Nigeria podría sacar ventaja de la retirada imperial de Occidente de la región, a fin de establecerse como el poder regional dominante usando los recursos del petróleo y el gas para impulsar el desarrollo industrial en la región de África occidental. Se trata, claro está, de una tarea riesgosa, que sin embargo ahora es posible dada la profundidad de la crisis económica.

Nigeria: la dialéctica de la crisis y la restructuración

Así como los críticos han fustigado al FMI/Banco Mundial por prescribirle la misma medicina a todos los pacientes, sin importar las peculiaridades de su enfermedad o de su sistema inmunológico, así también la imagen catastrófica que los medios de comunicación dan de África ignora la inmensa variación entre los estados africanos. Existe una gran diversidad entre ellos en términos de la escala de sus mercados internacionales, de las bases industriales existentes, del ingreso potencial por exportación y de la capacidad para beneficiarse de la integración regional. Nigeria constituye una excepción a las generalizaciones fáciles sobre la impotencia económica de África y sus crisis bíblicas, pues Nigeria posee los recursos potenciales, el impulso empresarial, el mercado interno y la base industrial, como para transformarse en una potencia regional, aunque aún no con el estándar de los PIR del este de Asia y de América Latina. Una vez más, en contraste con la imagen que dan los medios de comunicación de un sopor pasivo, Nigeria posee una tradición democrática, populista, tiene cuadros experimentados en los partidos políticos, decenas de universidades y una *intelligentzia* urbana dinámica, institu-

cionalizada en las profesiones liberales y de administración, con un récord envidiable de resistencia frente a la represión creciente del estado y con exigencias de control democrático. Irónicamente, el giro hacia el autoritarismo militar de los ochenta, tan necesario para llevar a cabo los PAE neoliberales establecidos por el Banco Mundial, realmente movilizó y fortaleció las fuerzas democráticas dentro de la sociedad civil nigeriana hasta un punto que antes era inimaginable. Así, las tendencias compensatorias deben señalarse y no ser ignoradas por un pensamiento lineal.

Puede ser que, en el caso de Nigeria, la crisis —aunque tremenda—, haya tenido aspectos positivos porque ha obligado a racionalizaciones, eslabonamientos y reformas estructurales que hasta ahora habían sido inalcanzables en la esfera de la economía política. Aquí debemos recordar que antes de la depresión y de la crisis de la deuda de los ochenta la economía nigeriana orientada hacia el petróleo estaba desarticulada estructuralmente, carecía de eslabonamientos agroindustriales, poseía enclaves de hidrocarburos y había fracasado en lograr incluso los niveles latinoamericanos de industrialización de sustitución de importaciones. Así, visto dialécticamente, podría mostrarse que la crisis obligó a ser razonables, estimuló los eslabonamientos y restringió algunas formas de busca de renta aunque a un costo muy elevado para todos los consumidores del sector urbano-industrial. Es importante ver la crisis y la restructuración como elementos transformadores y de doble filo, y no idealizar formas previas del desarrollo capitalista.

Nuestro planteamiento presenta el caso de Nigeria, y su condición excepcional frente a la imagen de África que tienen los medios de comunicación, mediante la evaluación de los costos y beneficios del ajuste y la restructuración durante los ochenta. Un segundo objetivo es propiciar la discusión sobre las vías potenciales de acumulación durante la década de los noventa, cuando se predice que se elevarán los ingresos, por el petróleo y el gas natural. El alza de los precios del petróleo desde la crisis del Golfo confirma esta tendencia. Para demostrar esto se evaluarán las políticas estatales durante tres regímenes políticos, en relación con la economía global y las

actividades de las clases con acumulación interna. Luego realizaremos un análisis del efecto que tienen los ajustes estructurales sobre actores urbano-industriales clave y sobre subsectores, planteando las ganancias y las pérdidas. En el otro lado de la ecuación, evaluaremos la resistencia que oponen las fuerzas democráticas populares de base urbana frente a la represión estatal y el ajuste estructural, a la luz del regreso a un gobierno democrático multipartidista y civil, que se prometió para 1992. Por último, el trabajo repasa la evidencia de la integración regional como producto de la marginalización de África y la hegemonía relativa de Nigeria dentro de la Comunidad Económica de los Estados de África Occidental (Ecowas).

Del *boom* petrolero a la bancarrota del PAE

Aunque durante la inmensa euforia del *boom* del petróleo, a Nigeria la presentaron como un PIR potencial, muchas de las condiciones indispensables para esta transición eran, en realidad, inexistentes (Evans, 1979). El gobierno colonial, que finalizó tan sólo en 1960, reafirmó a las élites precapitalistas —los emires y los jefes— e institucionalizó las prerrogativas de éstas en gobiernos regionales más que nacionales. Con una aristocracia musulmana con prebendas que gobernaba la mayoría de las provincias del norte, al producirse la independencia, Nigeria carecía de una cultura nacional integradora, de una lengua nativa nacional o de una élite estatal aristocrática o burocrática precapitalista, a lo ancho de toda la sociedad. Por lo tanto, más que desarrollar un estado autónomo con una visión desarrollista apartada de los grupos de interés religiosos, étnicos y con competencias regionales —como en el caso de Corea o Brasil— todas las tensiones particularistas se refractaron en el apartado estatal distorsionando así cualquier tendencia hacia una política industrial racional del estado. En los sesenta, sin embargo, los gobiernos militares y la guerra civil centralizaron el aparato del estado. Después de 1975, el ingreso petrolero le permitió al centro crear nuevos estados para aliviar las presiones locales, iniciar un ambicioso programa de industrialización conducido por el estado y pro-

mulgar una legislación industrial nativa la cual, según Biersteker, no logró que Nigeria alcanzara el control sobre la economía, pero sí sentó las bases financieras de una burguesía nativa aunque con fundamentos regionales (Biersteker, 1987a). El desarrollo urbano-industrial fue desigual, caótico y con frecuencia no planificado y sin el mínimo de servicios. El sesgo que tomó la inversión urbana hacia la construcción y la infraestructura industrial hizo que la mano de obra campesina dejara de producir comida atraída por los salarios urbanos altos, lo que originó la perturbación de la agricultura y de las bases institucionales del control social (Watts, 1987).

En comparación con otros PIR, en Nigeria los fundamentos institucionales del desarrollo capitalista estaban atrasados: la tenencia comunal de la tierra existió hasta 1978; las comunicaciones entre la ciudad y el campo y entre las ciudades eran débiles y poco confiables, y la orgía de consumo financiada por el *boom* petrolero (26 mil millones de dólares equivalentes a los ingresos por exportación en 1980) eliminó cualquier mínimo de disciplina burocrática, social o estatal. Además, como el *boom* de los petrodólares se derivó de rentas caídas del cielo por la membresía en la OPEP y no de un proceso de producción generado internamente, con base en las clases o en la disciplina estatal, el *boom* fue demasiado eufórico, demasiado ajeno como para que las clases dominantes de Nigeria se prepararan para la tarea de convertir rentas enormes en capital productivo. Es cierto que surgió una burguesía comercial e industrial, pero ésta estaba localizada regionalmente, se encontraba ligada a las empresas transnacionales y prefería la seguridad de los contratos estatales a extender las fronteras de la producción nativa. Aun más, esta burguesía, en contraste con la de Corea, no tuvo la visión y la fuerza impulsora de una élite estatal desarrollista como para administrar los subsidios y exigir estándares de rendimiento a cambio del apoyo estatal (Amsden, 1989). Los registros estadísticos no existen y no hay ni siquiera un censo, por lo que la acumulación e incluso la regulación dirigidas por el estado eran imposibles, aun cuando una élite estatal "desarrollista" había tratado de seguir las políticas industriales coreanas o brasileñas. En lugar de eso, las rentas percibidas se

utilizaron para encargar proyectos grandiosos, como esquemas de irrigación absurdos a nivel ecológico, proyectos de construcción como una nueva capital federal en Abuja, una acería integrada con tecnología soviética(i), para no mencionar las actividades incalculables de más de 850 organismos paraestatales a nivel federal y estatal. No se ejerció ninguna disciplina administrativa ni sobre los préstamos externos ni sobre las inversiones no reguladas de estos organismos paraestatales, a niveles federal y estatal (Wilson y Lewis, 1990:15). La anarquía fiscal fue tan aguda que se contrató al Chase Merchant Bank para que enumerara y evaluara el monto de la deuda externa legítima: simplemente no se podía confiar en los informes estatales.

El gobierno civil: la administración Shagari

No obstante el delirio anárquico de acumulación primitiva durante el *boom* del petróleo, el balance revela que los gobiernos militares de los setenta encabezaron varios proyectos económicos nacionalistas en interés de una burguesía nativa, fragmentada y débil, mediante la nacionalización de sectores estratégicos de la economía, en especial del sector petrolero y el del gas natural. Aunque infectados de corrupción, los militares gastaron miles de millones en transporte, comunicación e infraestructura industrial. Dentro de la región africana, promovieron a Nigeria como una potencia regional emergente prestándole apoyo al gobierno del MPLA en Angola y financiando buena parte del costo de la Ecowas. Así como el actual jefe de estado, Ibrahim Babangida, promete que para 1992 habrá un regreso al gobierno civil, el gobierno militar dirigió ese regreso en forma muy controlada en 1979. De hecho, los militares favorecieron abiertamente al Partido Nacional conducido por Shedu Shagari, un musulmán del norte miembro de la élite del servicio civil. La corrupción abundó bajo los militares, pero estuvo contenida por campañas para disciplinar y limpiar el servicio civil y por la disciplina relativa de los militares como un grupo corporativo. Durante el gobierno civil desapareció cualquier restricción posible. Aun-

que el Partido Nacional bajo Shagari pretendía representar el partido de la capital, fue el encargado de vigilar el sistema de distribución de patronazgos más perverso e irracional de toda la historia de Nigeria. Desafortunadamente para la industrialización nigeriana, el precio que pagó el gobierno de Shagari por construir una alianza electoral victoriosa, aunque equilibrada regionalmente, exigió la corrupción y el patronazgo a tales niveles que no fue posible conseguir ni una disciplina estatal racional ni la confianza de los inversores.

Desde la perspectiva de las tendencias contradictorias, el estado nigeriano fue tanto un instrumento de la acumulación primitiva como el obstáculo para avanzar hacia una acumulación de capital orientada hacia el mercado. Ante el centralismo de las actividades económicas del estado y su distorsión de los mercados y de las actividades productivas en general, el impacto acumulativo de su grosera incompetencia y de su falta de disciplina socavó la confianza empresarial y la acumulación de capital, tanto del interno como del extranjero. Bajo Shagari, pues, el estado elevó el costo de la producción en Nigeria, llevó al máximo la incertidumbre, atemorizó al capital extranjero y al nativo y clavó sus garras rentistas prácticamente en todos los aspectos de la actividad económica. Se estima que cerca de 10 mil millones de dólares fueron expatriados de Nigeria entre 1976 y 1985. (WSJ: 1986:2.)

En 1981, a medida que la economía global se arrastraba hacia la recesión, las insurrecciones urbanas y otras formas de desorden político fueron en aumento. Al final, la anarquía de la era Shagari quedó simbolizada por incidentes espectaculares de incendios premeditados en los edificios de las oficinas paraestatales, con la obvia intención de destruir los registros públicos de las actividades venales. La elección de 1983 estuvo llena de fraudes, abstencionismo y revueltas comunales. (Joseph: 1987). Peor aún, para poderse chupar la economía antes de la elección, la administración Shagari se endeudó fuertemente en el extranjero para mantener el patronazgo, las rentas y los bienes de consumo básicos. Para diciembre de 1983, cerca de un año después del incumplimiento de los pagos mexicanos, se produjo el colapso de la derrama de créditos externos a Nigeria, cuando el British Export Credit Gua-

rantee Department (ECGD) se negó a asegurar los productos que se exportaban a Nigeria. El golpe militar fue recibido con alivio y, tal como lo señaló el *Economist*, "La fiesta se terminó".

El gobierno Buhari: austeridad y disciplina

El gobierno militar justificó la toma del poder mediante la promesa de establecer la credibilidad financiera internacional, inspirar disciplina social y castigar a los políticos corruptos. Por supuesto que Shagari era débil e incompetente, pero ¿qué gobierno civil electo puede sobrevivir cuando los ingresos anuales por las exportaciones cayeron de 26 mil millones de dólares a 10 mil millones entre 1980 y 1983? El petróleo comenzó su caída libre y en 1986 llegó a cerca de 8 dólares el barril en el mercado al contado; esto es, cerca de la quinta parte de su valor respecto de los niveles de 41 dólares en 1980. El general Buhari, al igual que Shagari, procedía de la aristocracia musulmana norteafricana, pero estaba afiliado a una élite regional más joven y mejor educada, una burguesía en formación compuesta por servidores civiles y hombres de negocios, conocida como la "Mafia Kaduna", un epónimo derivado del nombre de la capital de la antigua región del norte. Buhari y Mahmud Tukur, quien era ministro de comercio e industria, sustentaban una visión inspirada en las austeras tradiciones islámicas del servicio estatal. Para Buhari y su aliado Idiagbon, Nigeria requería disciplina, autosuficiencia y conservadurismo fiscal en los asuntos económicos y sociales. La primera tarea de Buhari fue restablecer la situación crediticia de Nigeria en los mercados financieros, mientras creaba internamente un nuevo orden social simbolizado por la "Guerra contra la indisciplina", una campaña masiva por la rectitud, la limpieza y el orden.

En 1983, Shagari ya había iniciado negociaciones con el Fondo Monetario Internacional debido al desequilibrio creciente de la cuenta corriente de Nigeria, pero se echó para atrás por las restricciones impuestas por los "condicionamientos" que exigía el Fondo, puesto que los préstamos de

Nigeria habían excedido su contribución en Derechos Especiales de Giro. Aunque la deuda comercial ya era de unos 3 a 5 mil millones en deudas atrasadas, la administración Shagari le pidió préstamos a los bancos internacionales que no exigían los condicionamientos del Fondo. Entre estos condicionamientos, los más importantes eran: la devaluación del naira, para entonces con un valor de 1.5 dólares; la reducción de los subsidios a las firmas paraestatales y al déficit presupuestal; la elevación de las tasas de interés; la liberalización del comercio mediante la abolición de las licencias de importación; el incremento de los incentivos a los productores agrícolas; la promoción de las exportaciones; la racionalización de la administración de las finanzas y poner fin a los subsidios al petróleo (Biersteker, 1987b). Se trataba de un paquete deflacionario, monetarista y ortodoxo que si se ponía en práctica antes de una elección habría llevado al triunfo de la oposición, así como derrotó a Carter y eligió a Reagan en las elecciones norteamericanas de 1980.

La administración Buhari era fuertemente estatista y la más autoritaria que hasta entonces había gobernado Nigeria. El libertinaje y la corrupción de los políticos civiles y de los hombres de negocios compradores molestó a los líderes militares y reforzó su desconfianza tanto hacia los hombres de negocios como hacia la liberalización del mercado que exigía el Fondo. Al igual que Shagari, los representantes de Buhari pronto llegaron a un punto muerto con el Fondo Monetario Internacional respecto de devaluar el naira en 50%, eliminar el subsidio al petróleo y las licencias de importación. Con toda razón, los funcionarios nigerianos temían las consecuencias políticas de la inflación derivada de la devaluación al eliminar el subsidio al petróleo. La liberalización de las importaciones golpearía a un sector manufacturero ya de por sí debilitado. Lo más grave era que eliminar las licencias de importación reducía el apoyo necesario para la recuperación económica dirigida por el estado, y para el mantenimiento de una alianza gobernante entre los hombres de negocios musulmanes del norte y los servidores civiles que temían la competencia directa de los hombres de negocios del sur, más occidentalizados. Las licencias de importación, pases para la

riqueza instantánea, eran el señuelo más importante que usaban para mantener el gobierno de coalición. Cuando las negociaciones se atascaron, Buhari decidió "seguir solo" poniendo en práctica un programa de austeridad interna en el que 44% de los ingresos por el comercio exterior se asignaron al servicio de la deuda en 1985. De esta manera, Buhari escogió un nacionalismo fiscalmente conservador: austeridad sin el estímulo de la economía mediante nuevos préstamos bancarios en los que se exigía un acuerdo con el Fondo. Al permitir que el acuerdo con el Fondo se enredara en un debate nacional, Buhari perdió espacio para maniobrar entre los agentes del poder de Nigeria y para encontrar una manera de salir de la crisis de la deuda nigeriana. Una visión retrospectiva revela que en 1985 las condiciones del Fondo eran suaves comparadas con las que Nigeria aceptaría en 1987. Sin nuevos créditos para una economía dependiente de las importaciones, Nigeria quedó atrapada en una espiral deflacionaria, el desempleo creció dramáticamente, la industria de la construcción se derrumbó y los productores eliminaron las inversiones y redujeron la capacidad (Biersteker, 1987b).

El *leitmotif* de la administración Buhari fue la disciplina. Obreros uniformados de rosado se reunieron para limpiar las ciudades superpobladas de Nigeria; los funcionarios trataron de poner orden en la anarquía festiva que reinaba en las ciudades nigerianas. Buhari lanzó la "Guerra contra la indisciplina", junto con llamados patrióticos para la autosuficiencia frente a la indolencia, la suciedad urbana, la corrupción, la indiferencia del servicio civil hacia sus responsabilidades y, por encima de todo, contra los políticos anteriores. Los fabricantes del sector informal, que iban de un lado a otro vendiendo su mercancía y que construían tenderetes por todas las ciudades, fueron atacados brutalmente por las fuerzas de seguridad. Por primera vez, un gobierno de Nigeria intentaba transformar el estilo de vida y de personalidad del país mediante eslogans nacionalistas y métodos autoritarios. Buhari, arraigado a una disciplina islámica austera y a la lealtad al servicio del estado, fue percibido por el resto de Nigeria como una remota rama autoritaria de la élite musulmana del norte, en especial cuando los tribunales militares absolvieron a los

políticos musulmanes del norte mientras que los políticos sureños eran encarcelados. Los abusos contra los derechos humanos perpetrados por los cuerpos de seguridad, como la detención sin juicio, la tortura, el arresto arbitrario y, sobre todo, la represión del vivaz periodismo nigeriano, minaron la popularidad de Buhari para el verano de 1985. En agosto se produjo un golpe de estado sin derramamiento de sangre que llevó al poder al general Ibrahim Babangida, quien tenía el mandato de corregir los abusos contra los derechos humanos y restaurar el equilibrio étnico en el gobierno federal.

Babangida: la política de una reestructuración engañosa

El ascenso de Babangida le concedió una considerable capacidad política al despacho del presidente, acompañada de una gran impiedad contra los rivales y una centralización sin precedentes del poder personal en la cabeza del estado. A pesar de la inicial popularidad de Babangida por haber abolido el decreto número 4 que eliminaba la libertad de prensa, muy pronto reaparecieron todos los abusos contra los derechos humanos asociados con Buhari, bajo una organización de seguridad reformada: el Servicio de Seguridad del Estado. Babangida, quien no se oponía al uso de los servicios técnicos internacionales, confió en el representante local del Banco Mundial para los asuntos económicos y en las fuerzas de seguridad de Israel para entrenar a su cuerpo de guardaespaldas. El gobierno de Babangida primero rechazó un préstamo del Fondo y el programa de austeridad con gran florilegio nacionalista, tan sólo para luego poner en práctica un programa equivalente con los fondos y la administración del Banco Mundial (Biersteker, 1990).

Aparecieron nuevas caras. El primer gabinete de Babangida descansó fuertemente sobre las clases tecnocráticas del sur; su ministro de finanzas, Kalu L. Kalu, había sido anteriormente un funcionario del Banco Mundial. Aunque Babangida es musulmán, proviene del cinturón medio (estado de Nigeria) más que del "Sagrado Norte" de la aristocracia musulmana. En contraste con Buhari, buscó la autonomía es-

tatal manipulando la opinión pública y confió más en los oficiales militares que en las élites representantes de la sociedad civil. Su capacidad para realizar maniobras engañosas a fin de conducir los minicampos políticos, como en el caso del equilibrio religioso y étnico y de una transición estable hacia el gobierno civil, se ha vuelto legendaria; por esta razón le han puesto el apodo de "el Maradona" de los políticos nigerianos. Hasta el momento ha manipulado muchos asuntos en su favor, ha destruido antiguas alianzas cuando era necesario y ha sobrevivido a dos intentos de golpe de estado. Aunque Babangida justificó su toma del poder para restaurar el equilibrio étnico en el gobierno —lo que enfureció a la aristocracia musulmana del norte y a la élite empresarial— en enero de 1990 cambió por completo los nombramientos de su gabinete y en lugar del cinturón sureño y medio (cristianos del norte) realizó una alianza con las élites musulmanas de los estados más al norte, mientras que mantenía formalmente la secular membresía de Nigeria en la Organización de la Conferencia Islámica. Al mismo tiempo, los disturbios acogieron su nombramiento de un mundano hombre de negocios como sultán de Sokoto, la oficina musulmana más prestigiosa de Nigeria. Por último, cualquier esfuerzo por restringir la corrupción se terminó una vez removido el régimen de Buhari: pronto todo volvió a ser igual.

Al no obtener el consenso nacional a favor de aceptar el préstamo del Fondo, Babangida revistió su presupuesto de 1986 de retórica nacionalista y afirmó que los nigerianos debían aceptar las consecuencias de su rechazo del préstamo del Fondo. Entonces, anunció una política que contenía virtualmente todos los elementos de los condicionamientos del Fondo salvo la liberalización del comercio. Biersteker afirma que los detalles de los PAE "fueron establecidos y bosquejados por personal del IBRD". (Biersteker, 1987c:1.) Al establecer un segundo mercado de cambio extranjero que subastó las divisas proporcionadas por el Banco Mundial, el naira cayó a pique hasta llegar inicialmente a los 0.35 dólares (o sea, una devaluación de cerca del 57%) y luego en junio de 1990 alcanzó 0.10 de dólar, con las expectativas de que la relación naira-dólar alcanzaría los 11:1 en 1991 (Biersteker, 1987b: 29), (EIU núm. 2, 1990:6).

De hecho, el debate nacional respecto del préstamo del Fondo fue un engaño muy sencillo, pues ya desde 1986 el Fondo había estado visitando Nigeria y negociando con los consejeros de Babangida. En enero de 1987 entró en efecto un acuerdo *standby* de un año, equivalente a los 650 millones de Derechos Especiales de Giro. Aunque los nigerianos se habían negado a usar cualquiera de los fondos del FMI, el acuerdo permitió la reprogramación de la deuda pasada y que se le asignara nuevo dinero a las agencias financieras privadas y multilaterales. La reestructuración financiera se realizó sin la tasa latinoamericana de hiperinflación, lo que le permitió al estado nigeriano un espacio para negociar con las agencias de crédito internacional. El precio fue una deuda externa siempre creciente: de 20 mil millones en 1984, creció a más de 32 mil millones en 1990.

Aunque Babangida presentó exitosamente al PAE como nigeriano y temporal, éste es permanente; la reprogramación de la deuda es una actividad burocrática progresiva del ministerio de presupuesto y planificación, y el Banco Mundial, con su oferta de fuertes préstamos monetarios, ha extendido su influencia más allá de la agricultura hacia las finanzas, la infraestructura y la planificación industrial. Nigeria es actualmente uno de los más grandes deudores del Banco, éste ha invertido mucho en la reestructuración nigeriana y gran parte de sus consejos se convierten en políticas. Por lo tanto, se han vuelto a asignar enormes recursos a los proyectos agrícolas tanto por irrigación como por lluvia; a los subsidios para la agricultura (fertilizantes, servicios, crédito, y seguros de las cosechas) y a la construcción de caminos rurales. El gobierno ha prohibido la importación de maíz, trigo y arroz y le está exigiendo el abastecimiento local de materias primas a los productores internos. Al eliminarse las licencias de importación, también se eliminó una vía clave para la búsqueda de renta y para la corrupción, pero puede ser que la acción rentista sólo haya cambiado hacia los bancos privados que han colocado divisas del Banco Central de Nigeria. Como la oferta no cubre la demanda, los bancos hacen ganancias enormes vendiéndole divisas a los clientes, generalmente ricos y poderosos, por una prima. El espacio para la búsqueda de renta

y para la corrupción cambió, pues, de los importadores con licencia y el Banco Central a una burguesía financiera privilegiada. Todos los capitalistas importantes y los generales retirados tienen ahora acciones en bancos que generalmente sólo tienen sede en Lagos, con pocas filiales en otras partes. Ahora que los bancos tienen acceso a las divisas extranjeras, éstos han aumentado de 46 en 1986 a cerca de cien en 1990, una industria mal administrada y temblorosa que ha sido inducida por el PAE (EIU, 4, 1990:17). Sin embargo, esto representa la maduración de la burguesía financiera nigeriana. El espacio no permite una discusión detallada de las negociaciones financieras externas, pero los administradores del PAE también han intentado, con un éxito limitado, reducir la deuda de Nigeria mediante canjes de "deuda por activos", vendiendo la deuda existente a una tasa de descuento en el mercado secundario y comprando ilegalmente la deuda con descuento a través de terceras partes. La privatización de las firmas del estado también se está produciendo a gran escala (Wilson y Lewis, 1990).

Ahora evaluaremos la reestructuración de los sectores urbano-industriales clave, antes de examinar el efecto de la reestructuración sobre los movimientos populares urbanos y el estándar de vida.

La reestructuración y la política industrial del estado

La miseria y los trastornos asociados con la crisis financiera y la reestructuración industrial son, lamentablemente, momentos necesarios en la transición contradictoria y desigual de Nigeria hacia el capitalismo industrial; transición que se está produciendo en una economía mundial posfordista, competitiva y desregulada. El maná milagroso del *boom* petrolero no podía durar para siempre; lamentablemente, la tasa de crecimiento anual de la población (3.3-3.5%) constituye un obstáculo para la opción ecorromántica de un retorno a la producción de bienes independiente y pastoril. En efecto, la proyección del Banco Mundial en relación con la población actual de Nigeria (110-120 millones de habitantes) y a su tasa de crecimiento (3.3-3.5%) predice que la población

de este país crecerá a 286 millones en 2 035 y a 500 millones en 2050 (World Bank, 1990:269). Y esto no incluye a los inmigrantes de sus vecinos empobrecidos, como los países del Sahel. Junto al elevado crecimiento de la población, las tasas anuales negativas de crecimiento real del PIB redujeron el estándar de vida en los ochenta: esto es, 1981 (-2.7), 1982 (-.8); 1983 (-8.5), 1984 (-5.5), 1985 (+1.2); 1986 (-3.3), 1987 (+1.7), 1988 (+4.1) y 1989 (+4.0 estimado) (EIU: varios). Luego de la depresión de 1981-1987, que redujo el ingreso *per capita* de Nigeria de 1 117 dólares en 1982 a 290 dólares en 1988, el Banco Mundial reclasificó a Nigeria de un país de mediano ingreso a un país de bajo ingreso; esto, sin embargo, le permitió calificar para un financiamiento (IDA) en concesión. (*Africa Recovery*, 4,1:7.) Visto positivamente, el gigantesco mercado interno de Nigeria le ofrece a los productores verdaderas economías de escala. Por otra parte, se deduce que el incremento de la productividad de la mano de obra y del capital es la única manera de escapar a la declinación del estándar de vida. ¿En qué consiste, pues, una política industrial realista del estado durante un periodo de restructuración y recuperación, en un estado desarticulado como el de Nigeria? Una vez más, dada la relación del capital estatal y el nativo, ¿qué pesos deberían tener el capital nativo, el extranjero y el estatal a fin de llevar al máximo el crecimiento, el desarrollo estructural y el bienestar humano de los nigerianos?

El estado nigeriano se asemeja a unas tijeras donde en el medio están atrapados los hacedores de las políticas industriales del estado. De un lado están los consumidores enfurecidos y reprimidos, los productores y los rentistas, cuyo consenso es necesario para gobernar, pero que exigen el acceso a las divisas, la liberación de la esclavitud de la deuda, el control sobre las fuerzas del mercado y la protección frente a competencia extranjera. Del otro lado está la inexorable penetración de las fuerzas globales del mercado —representadas por la privatización, la desregulación, la liberación tarifaria, los acreedores y las zonas de libre comercio— que presionan para obtener una racionalidad capitalista y responsabilidad frente a sus inversiones. Luego de una década de intervención estatal y de capitalismo pirata previos a la crisis de la deuda, existe un ex-

traño consenso entre los comentaristas de izquierda, derecha y centro acerca de que repetir otra vez la intervención masiva del estado sería desastroso. El estado nigeriano ha demostrado ser demasiado inmaduro, demasiado atrasado técnica y organizativamente como para manejar con alguna capacidad una estrategia industrial centrada en el estado. No hay evidencia de que la búsqueda de renta y la corrupción hayan terminado, más bien lo único que ha hecho la crisis es alterar los medios e intensificado la búsqueda de renta. En los países vecinos, la evidente difusión del contrabando —tanto el contrabando de productos prohibidos hacia Nigeria como de productos industriales y de comida fuera de Nigeria— refleja el nivel de disciplina que opera en el aparato estatal: el estado es incapaz de controlar sus fronteras y, por lo tanto, su mercado interno con productos más baratos o prohibidos. ¿Cuál sería una expectativa realista del sector estatal de Nigeria en este momento de una corriente neoliberal de la economía mundial? Si se necesitan nuevas tecnologías e inversiones —y éste es ahora el patrón global— el problema no consiste en cómo aumentar la responsabilidad económica del estado, sino más bien en si éste puede manejar las industrias intermedias infraestructurales y estratégicas con un nivel mínimo de eficiencia, a fin de evitar que se socave la acumulación de capital privado. Contestar la última pregunta exige ser realista respecto de la capacidad administrativa de Nigeria y de su necesidad de producción y de un incremento en la productividad de sus inversiones de capital. Obviamente, Nigeria sufre una crisis de producción en su sector industrial. Al carecer de divisas suficientes, de una administración experimentada, de una burocracia estatal desarrollista motivada y de infraestructura industrial, no puede atraer tecnologías e inversiones extranjeras nuevas fuera del sector energético. Así, no puede competir con los estados latinoamericanos, ni con los del este de Asia o de Europa del este en las nuevas redes de industrialización orientadas hacia la exportación, que en la actualidad dirigen el crecimiento dentro de la economía mundial. Es importante reconocer esta limitación, pues intentar competir constituye simplemente un desperdicio de capital y extiende aún más la autoridad del estado. La única estrategia viable es

la de producir para los mercados internos y regionales (África occidental), lo que obliga a eslabonamientos con la economía. Además, si esta estrategia está guiada por una planificación industrial racional por parte del estado, el capital privado, tanto interno como extranjero, ofrece la única vía para salir de esta crisis de producción. Si se examina el récord de las industrias infraestructurales del estado y de las industrias intermedias, le quedará muy claro al lector por qué el capital privado es la única solución. Si el estado no puede satisfacer las demandas de electricidad y agua, no debería insertar prematuramente su autoridad en el complejo circuito del capital manufacturero:

Un estudio del Banco Mundial realizado en 1988 sobre 179 firmas revela que el estado no puede manejar la infraestructura industrial. Noventa y dos por ciento (165/179) de las firmas entrevistadas requería su propio generador de electricidad con un costo promedio de 130 mil dólares, porque el suministro de energía de la Compañía de Energía Eléctrica de Nigeria no era confiable. Esta limitación realmente destruye la inversión de capital. En la acería Jos, que carece de una fuente de energía independiente, los apagones dañaron equipo por un monto de 75 millones de naira (EIU, 4, 1990, 20). Asimismo, el estudio revela que más de las dos terceras partes de las empresas invertían en pozos privados de agua. El costo adicional representaba del 10 al 20% del valor total de las máquinas y del equipo (Banco Mundial: 1989b: 28) En otra parte, el Banco informa que cerca de 50% de la capacidad de la Compañía de Energía Eléctrica está ocioso y que sólo 400 a 500 vehículos de su flota de 3 000 se podían utilizar, lo que reduce la adecuada reparación y el mantenimiento de las inversiones. (Banco Mundial: 1989b:93.) Hay datos similares en cuanto a las rutas y las telecomunicaciones; cualquier viajero experimentado podría dar fe de la ineficiencia de Nigerian Airlines.

No obstante los razonables sentimientos nacionalistas que están a favor del control nativo sobre las industrias estratégicas y la infraestructura industrial, el costo de oportunidad del capital invertido en la mayor parte de las industrias estatales de Nigeria es prohibitivo, en especial si se compara con

las ganancias de proyectos alternativos como las pequeña y mediana industrias o el uso vinculado de los abundantes recursos de petróleo y gas natural que posee Nigeria. Tomemos como ejemplo patente el complejo acerero Ajaokuta, con un precio estimado de al menos 5 mil millones de dólares. En este complejo, que ya tiene 8 años de atraso respecto de lo programado y que todavía está proyectado para producir en 1995, hasta la fecha ya se han gastado 4 mil millones de dólares a pesar de la "pésima administración"... "y el robo de equipo y maquinaria" (EIU, 1, 1990:20). Lo más alarmante de todo es que el complejo está diseñado con una tecnología soviética anticuada de hornos de inyección de aire para producir un millón de toneladas por año para un mercado que se estima en las 300 mil toneladas por año, a un precio seis veces mayor que el del mercado mundial. El Banco Mundial se ha negado a comprometer fondos, aduciendo que Ajaokuta se transformará en una esponja permanente de divisas y que requerirá al menos 200 mil dólares al año nada más que para importar carbón de alta calidad (EIU, 3, 1989:17). En cambio, el Banco recomendó que la planta de acero de reducción de gas directo en Aladja se ampliara de 400 mil a un millón de toneladas por año.

Las inversiones en Ajaokuta y en proyectos similares sólo pueden explicarse por las "comisiones" y rentas que los funcionarios del estado recibieron de los contratistas extranjeros. Como ahora las divisas se piden prestadas, tales proyectos no sólo son fundamentalmente irracionales sino que empobrecen y endeudan a la generación futura simplemente para reproducir la misma clase rentista políticamente atrasada y técnicamente incompetente que en la pasada década llevó a la nación a la bancarrota. Es notable que durante el debate nacional acerca de si se aceptaba o no el préstamo del Fondo, grupos bien articulados de profesionales escribieran en contra de aceptar el préstamo, no tanto a causa del programa de austeridad sino por "el temor público de que la élite se apropiara indebidamente del dinero del Fondo Monetario Internacional" (Lancaster y Williamson, 1986: 203).

Una de las ironías del desarrollo capitalista nigeriano es que el capital financiero internacional —esto es, el Banco

Mundial— desempeña un papel progresista al hacer que la inversión del capital productivo sea razonable y al restringir la voracidad de los capitalistas rentistas en interés de la mayoría de los nigerianos. Al negarse a otorgar fondos para proyectos como Ajaokuta, el Banco Mundial inyecta la racionalidad y la disciplina del capital financiero internacional en una formación social cuya burguesía nativa y burocrática es, hasta el momento, incapaz de hacerlo. Por lo tanto, es posible criticar la administración que realiza el Banco Mundial de la restructuración industrial de Nigeria por su severidad y brutalidad pero, para ser justos, el Banco también desempeña un papel positivo al exigir estándares mínimos de racionalidad capitalista que de otra manera no estarían presentes.

Restructuración y eslabonamientos industriales

La tendencia del programa que administra el Banco Mundial favorece la agricultura y los eslabonamientos agroindustriales, y se opone a las industrias altamente protegidas y dependientes de las importaciones como la automovilística, la de la electrónica de consumo y las procesadoras de metal intermedio y semiduradero. Para 1990, el valor del naira había caído a un poco más de 0.10 centavos de dólar por naira en el mercado libre, de los cerca de 1.50 dólares por naira en 1982. Junto con la declinación de la actividad económica y la eliminación de las licencias para importar, la devaluación eliminó la mayor parte de la manufactura de ensamblaje simple basada en los insumos importados, mucha de la cual era un vehículo para la repatriación de las divisas de las actividades comerciales de las firmas internacionales. La Asociación de Fabricantes de Nigeria plantea que esto ha conducido a la desindustrialización de Nigeria, y se calcula que entre un 20 y 30% de los productores quebró y que la capacidad industrial varía de 30 a 45%, número que está aún por encima del nivel anterior al PAE de 25%. Como respuesta, el Banco Mundial ha aprobado un préstamo de 240 millones de dólares para un fondo que financie las necesidades de divisas de

las industrias pequeña y mediana, que han sufrido desproporcionadamente por la restructuración y la carencia de divisas.

Las más golpeadas son las industrias del sector privado que producen bienes intermedios: metales, papel, cemento y químicos. La industria automotriz, que alguna vez ensambló más de 100 mil vehículos al año, está operando por debajo del 10% de su capacidad. Sin embargo, hay evidencias de que la restructuración está obligando a innovaciones. Peugeot ha anunciado la inversión de 83 millones de nairas en un plan que implica a 40 fabricantes de partes; una vez terminado el plan, el contenido local sobrepasará el 50%. Volkswagen ha anunciado un proyecto similar (EIU; 2,90:21). Así pues, dada la escala del mercado internacional y el apoyo a los eslabonamientos atrasados, la restructuración ha obligado a las empresas a profundizar el proceso de industrialización. La pregunta que debemos plantear, dada la experiencia latinoamericana, es si el hecho de ahondar en la sustitución de las importaciones producirá alguna vez bienes a precios competitivos para la exportación al mercado mundial. Queda la alternativa de que el mercado interno de Nigeria es lo bastante grande y sus recursos de hidrocarburos lo suficientemente ricos como para posponer el enfrentamiento con la competencia internacional durante la siguiente década. El solo hecho de salir a rastras de la recesión sería un triunfo para el sector manufacturero. Si bien cabe señalar que Calabar ha sido designado como la primera sede para la construcción de una Zona de Libre Comercio para atraer la inversión extranjera, el futuro del crecimiento manufacturero está en los eslabonamientos agroindustriales, en las industrias derivadas del sector petrolero y del gas y en las inversiones modestas en industrias de productos no perecederos seleccionados (*Newswatch*, 2, 1990: 33).

Eslabonamientos agroindustriales

No es de sorprender que con las recomendaciones del Banco Mundial, la agricultura haya experimentado una explosión durante el ajuste estructural. La producción de comida y de materias primas se ha acelerado, en parte debido a la prohibi-

ción gubernamental de importar arroz (ahora el 50% se produce localmente), trigo, maíz y centeno. La producción implica a granjeros comerciales constituidos en sociedad y a pequeños propietarios, así como a la River Basin Authorities que intenta contratar campesinos para la producción industrial, a fin de producir insumos de materias primas industriales que antes se importaban (Andrae y Beckman, 1987). El ganado, los consumidores industriales y los de comida compiten por un suministro limitado de maíz, cuyo precio se ha incrementado en 300% desde 1987 (*Newsweek*, 2, 19, 90:16). Los molinos y otras industrias procesadoras también se han expandido en respuesta al incremento de los alimentos producidos localmente. Recordemos que Nigeria importaba un monto de 3 mil millones de dólares en productos alimenticios en 1982 (Watts, 1987:72). Las 34 cervecerías de Nigeria están obligadas a usar maíz y sorgo producidos localmente para remplazar las importaciones. Así, el PAE y la escasez de divisas han obligado a que se hagan eslabonamientos agroindustriales, si comparamos con los niveles anteriores de dependencia de las importaciones.

Antes de la crisis, los fabricantes de Nigeria importaban cerca de 65 a 70% de sus materias primas. Nigeria entonces presumía de poseer la tercera industria textil más grande de África después de las de Sudáfrica y Egipto, y de proporcionarle empleo a más de 100 mil trabajadores y a unas 100 firmas (Andrae y Beckman, 1987:1). En ninguna parte como en los textiles ha sido más exitoso el cambio hacia los suministros locales. La producción de algodón la organizaron los fabricantes a través de esquemas de mayor crecimiento, plantaciones intensivas en capital y agentes de compra autorizados que remplazaron a las cámaras de comercialización. Una encuesta de la Asociación de Fabricantes de Nigeria, realizada en la primera mitad de 1989, reveló que la capacidad promedio de utilización en los textiles era de 40% en oposición al 31% total, y que 62% de las materias primas provenía de fuentes internas (EIU, 4, 1989:15). Entrevistas con personal del Banco Mundial confirman que enormes cantidades de textiles nigerianos son contrabandeadas por los estados vecinos, en parte debido a la sobrevaloración de la moneda en los

estados francófonos vecinos, cuya moneda está respaldada por el franco francés (50:1). De esta manera, el respaldo del Banco Central francés a las monedas africanas le proporciona a los fabricantes nigerianos un inesperado subsidio a la exportación. Los mismos funcionarios creen que Nigeria podría exportar textiles a Europa y Norteamérica si se uniera al acuerdo multifibra. Realmente, el principal obstáculo para el incremento de la capacidad productiva de industrias como la textil no es el de las divisas o el de las fuentes locales, sino la demanda de los consumidores urbanos, cuyos ingresos han sido devastados por el PAE. Cuando la segunda fase del proyecto petroquímico produzca suficientes tejidos sintéticos, los eslabonamientos textiles recibirán un impulso sustancial.

Energía y eslabonamientos petroquímicos

Como miembro de la OPEP, Nigeria tiene como industrias abanderadas la petrolera y la de gas natural. A pesar de los esfuerzos de diversificación, cerca de 92% de los ingresos de divisas se deriva de las exportaciones de petróleo. Los hidrocarburos representan la industria más prometedora para revitalizar la economía, alimentar las industrias vinculadas y permitirle a Nigeria el desarrollo de su capacidad exportadora en la región occidental africana, posiblemente a través del mercado potencial que ofrece la Ecowas. En su punto culminante, Nigeria produjo 2.3 millones de barriles diarios de petróleo (mbd); la producción promedio en 1989 fue de 1.64 mbd. Se estima que las reservas recuperables son de 16 mil millones de barriles, pero el gobierno está empujando a las compañías petroleras a que aumenten las exploraciones, puesto que se espera que la demanda del petróleo nigeriano de baja contaminación se incremente durante la próxima década. Shell, que produce cerca de la mitad del petróleo de Nigeria, espera aumentar su inversión anual de 700 millones de dólares a 1.2 mil millones en 1992, y la perspectiva es que la producción alcance los 2.5 mbd. Un insumo adicional (100 mil b/d) para la producción condensada inducida por presión —que no se

cuenta como parte de la cuota de Nigeria a la OPEP— será una empresa conjunta entre Mobil y la Corporación Nacional del Petróleo de Nigeria (CNPN) con fondos del Banco Mundial (EIU, 2, 1990).

La crisis del Golfo, claro está, ha creado tal *mini-boom* petrolero que el insumo ha sido elevado a 250 mil b/d; se espera que los precios promedio del crudo subirán de 17.5 dólares el barril, en 1989, a 26 dólares el barril, en 1990, y los 31 dólares el barril durante la crisis del Golfo ponen en evidencia cómo puede cambiar la fortuna de Nigeria, a causa de los conflictos internacionales sobre los recursos petroleros. Desde agosto de 1990, un *mini-boom* petrolero ha incrementado los ingresos de divisas estimadas de Nigeria de 6.90 dólares (1988), a 8.14 dólares (1989), a 13.30 dólares (1990) y a 16.55 dólares (1991) (EIU, 4, 1990:6). La producción se ha incrementado en 250 mil b/d, con el único límite de la capacidad productiva de Nigeria. La guerra lo único que puede hacer es incrementar los ingresos de Nigeria, pues el precio del petróleo seguramente subirá por encima del precio promedio reciente de 16 dólares por barril. Este acontecimiento no sólo ha fortalecido la posición de Nigeria en las negociaciones sobre la deuda y en la atracción de inversiones extranjeras, sino que ha afirmado su influencia regional entre los estados de África occidental, los cuales están negociando descuentos en los productos refinados y en el petróleo de Nigeria.

La CNPN, la paraestatal más importante de Nigeria —que siempre ha sido blanco de controversias políticas y de rumores sobre ingresos fraudulentos—, hace poco fue reorganizada en once subsidiarias. A diferencia de la paraestatal del acero, la CNPN es una paraestatal en la que vale la pena invertir y que es digna de prestarle atención, pues controla las petroquímicas, la refinación, los oleoductos, el Gas Natural Líquido (GNL) y los servicios técnicos. La Corporación ha intentado agresivamente obtener el control del mercado de África occidental, vendiéndole crudo y productos refinados a los estados vecinos en camiones tanque de la Corporación, a precios muy atractivos. Su estrategia consiste en construir refinerías para la exportación, pero las fallas técnicas, los incendios y otros obstáculos han obligado a la CNPN a intentar la

compra de activos en refinerías extranjeras: por ejemplo, un acuerdo de activos de 49% con una refinería en Kansas. La Corporación ha establecido un sistema de monitoreo electrónico para sus oleoductos, que es el más avanzado de África. En este sentido, la CNPN es comparable a las paraestatales latinoamericanas más exitosas, pues puede producir bienes y generar ingresos en un medio ambiente de mercado y en empresas conjuntas.

Las cuatro refinerías de Nigeria están diseñadas para procesar 445 mil b/d y para sentar las bases de una industria petroquímica ambiciosa. Las plantas vinculadas producen ingredientes para jabones, detergentes, plásticos, solventes, negro de humo y material asfáltico para la construcción y las autopistas. El gas líquido de petróleo y otros combustibles se producen para el mercado interno. Una segunda fase de la industria petroquímica producirá benceno, etileno, propileno y polietileno (EIU, 2, 88:16). Aún más significativo es el hecho de que, debido a las presiones del Banco Mundial, el cual está financiando parte de la segunda fase, la CNPN esté abierta a la participación privada de activos en la producción vinculada. También se han planeado empresas conjuntas para sustituir los insumos importados por las compañías de servicio petrolero: esto es, bombas, válvulas, equipo de perforación poco profunda y equipo para los oleoductos (EIU, 3, 1988:14). Todo esto constituye un potencial importante para la integración económica regional y de toda África. Por último, el negro de humo producido por la industria petroquímica se usará en la producción local de llantas. Firestone combinará el caucho natural local con el negro de humo para producir más de un millón de llantas al año (EIU, 1, 1988:21-22). No obstante la crisis general de la manufactura, la inversión del estado en las petroquímicas es un notable ejemplo de la formación de un eslabonamiento exitoso entre un enclave anterior y la economía nigeriana.

Nigeria posee amplias reservas de gas natural, así como de gas asociado producido por la extracción de petróleo. De hecho, se calcula que las reservas de gas natural alcanzan los 150 billones de pies cúbicos, lo que sobrepasa el valor estimado de las reservas de petróleo. En general, se quema cerca de

72% del gas asociado, pero se han encargado varios proyectos para comercializar este valioso recurso. Una planta de fertilizantes, construida y administrada por Kellogg, ya usa gas para producir cerca de 700 mil toneladas de fertilizante al año. Se proyecta que los consumidores industriales potenciales usarán 1.1 mil millones de pies cúbicos por día, cerca de cuatro veces el consumo actual (EIU,3, 1987:20). En 1989, una empresa conjunta entre la Corporación de Gas de Nigeria (Corporación Nacional de Petróleo de Nigeria) y la Shell puso en servicio una planta procesadora que, a través de los 380 kilómetros (310 millones de dólares) del gasoducto Lagos-Escravos, lleva gas a las estaciones de la Compañía de Energía Eléctrica de Nigeria y a los consumidores industriales en el área de Lagos, donde está localizado cerca de 60% de las industrias de Nigeria. Se están poniendo en servicio plantas procesadoras y de recolección adicionales, de manera que el eslabonamiento con el gas natural ha tenido un éxito relativo.

En 1989, la CNPN formó una empresa conjunta con Shell (20%), Agip (10%) y Elf (10%) para constituir una compañía, Nigeria LNG, con el objeto de construir en Bonny una planta procesadora de gas licuado natural por 2.5 mil millones de dólares. El proyecto incluye oleoductos muy extensos hacia los campos petroleros del oriente de Nigeria, así como camiones tanque para transportar gas licuado natural. Se tiene programado exportar 4 millones de toneladas de gas licuado natural a Europa y a Estados Unidos hacia 1995 (EIU,3, 1989:15; 4, 1989:13). El financiamiento parece seguro, pues el proyecto tiene el apoyo del Banco Mundial y de los consumidores europeos. Una vez más, si las exportaciones de gas licuado natural son exitosas, se fortalecerán los recursos de divisas y la recuperación económica de Nigeria. Como un balance, resulta claro que el estado nigeriano ha hecho progresos en el sector energético. Por lo tanto, en lugar de invertir en el acero, la inversión estatal debería focalizarse hacia las industrias petroquímicas vinculadas, que podrían suministrarle materia prima a las industrias locales. Éste es un eslabonamiento ideal.

El sector industrial urbano de Nigeria sufrió enorme

mente durante la pasada década, pero la recuperación se ha realizado sobre fuertes eslabonamientos con los recursos nativos. El tamaño de su mercado interno y sus recursos de hidrocarburos hacen de Nigeria una excepción de la imagen de África como un caso que amerita la asistencia social internacional. El principal obstáculo para el desarrollo de su potencial económico y político es de índole política y organizativa. Sin una alianza de clases estable que discipline las actividades del estado, es imposible simpatizar con una estrategia de industrialización centrada en el estado. Las presiones de la privatización están podando muchas inversiones estatales improductivas, pero el sector industrial urbano no se recuperará hasta que no se reflote la economía.

Ahora nos orientaremos hacia el tipo de respuesta que las fuerzas populares y democráticas le han dado tanto a la crisis como a la reestructuración de la economía y de la sociedad de Nigeria.

PAE, resistencia y autoritarismo

Una de las ironías de la actual coyuntura de las relaciones Norte-Sur se encuentra en los nuevos "condicionamientos políticos" que le exigen a los estados africanos los estados centrales y las agencias de fondos internacionales. Éstos, luego de décadas de darle apoyo a regímenes autoritarios, desde Zaire hasta Sudáfrica, han descubierto la "democracia": ésta constituye ahora un prerequisite para la asistencia financiera. Hace poco Sir William Ryrle, jefe de la Corporación financiera internacional del Banco Mundial, lamentó los "problemas de gobierno" en los estados africanos (*West Africa*, 1990: 1077). Nadie duda que hay que alentar la democracia popular, a fin de que las élites estatales sean responsables y confiables frente a los ciudadanos; sin embargo, si se recapitula la devastación que arrasó con el estándar de vida de la mayoría de los nigerianos, la conclusión inevitable es que el PAE, para poderse llevar a cabo, exige *autoritarismo*. A decir verdad, el PAE no cuenta con una base social interna; una vez que, tal como esperamos, en 1992 se elija un gobierno ci-

vil en Nigeria, el PAE en su forma actual estará condenado al basurero de la historia nigeriana. Sin embargo, la reestructuración bajo un gobierno autoritario ha generado una oposición popular sin precedentes, tanto de las clases populares como de las profesionales. En este sentido, el PAE ha profundizado las raíces de la resistencia popular democrática en la sociedad civil nigeriana de una manera tal que no sólo niega la imagen que tienen los medios de comunicación acerca de una pasividad anárquica frente a la tiranía, sino que ilustra cómo la crisis podría fortalecer a aquellas fuerzas sociales que son necesarias para frenar a la clase capitalista rentista.

Cuando se produjo el golpe de Buhari, en diciembre de 1983, los empleados urbanos y los asalariados no estaban preparados ni para la profundidad de la recesión económica, y la consecuente pérdida del poder adquisitivo, ni para las formas brutales de represión que el servicio de seguridad del estado ha venido empleando rutinariamente para forzar la austeridad y el PAE. En el pasado, los regímenes militares violaron la ley y manipularon a los sindicatos, pero siempre hubo, al menos, un leve sentido de contención, de control y de respeto por los derechos individuales, tal como están protegidos por la ley común inglesa. El decreto número 2 (1984) le da al estado el poder de encarcelar a cualquiera durante seis meses, sin juicio o presentación ante la corte, si las fuerzas de seguridad aseveran que eso es necesario para la seguridad del estado. El decreto número 4 estuvo dirigido contra la tradición periodística de Nigeria y contra los cientos de periódicos y de reporteros que constantemente repasan los asuntos económicos y políticos y cuyas caricaturas y libelos sarcásticos son leídos por millones. Este decreto impide que los periodistas publiquen cualquier cosa que sea considerada por el estado como contraria a la paz y a la estabilidad de su imagen. Aún más, bajo el régimen de Babangida, el servicio de seguridad del estado se ha institucionalizado hasta tal punto dentro del tejido de la vida política nigeriana que es muy poco probable que desaparezca, incluso si se establece un gobierno civil en 1992. Los ochenta, pues, contemplaron la "latinoamericanización" de la política nigeriana, con violaciones de los derechos humanos; prohibición de las asociaciones; distur-

bios urbanos anti-PAE en los que se exigía comida; desigualdad económica sin precedentes e, incluso, una transición autoritaria fuertemente controlada hacia un gobierno que se elegirá "democráticamente" en 1992. Sin embargo, es bastante obvio que el aminoramiento del uso de la brutalidad y la represión sólo pone en evidencia la fragilidad del régimen así como la débil capacidad administrativa del estado, en términos de cohesión interna, de legitimidad y de confianza tecnocrática.

Imaginemos el problema para gobernar que enfrenta una élite que malbarató la bonanza petrolera y que le hipotecó la soberanía de Nigeria a los acreedores internacionales. Un programa como el PAE resultó difícil de vender una vez que el sector urbano supo que no era temporal, y que a la devaluación del naira y al congelamiento de sueldos y salarios le siguieron una recesión permanente y la pobreza. Dicho en términos más concretos, un funcionario importante de la administración pública o un profesor universitario, cuyos salarios alcanzaban los 30 mil dólares anuales cuando Babangida subió al poder en 1985, ahora ganan menos de 4 mil dólares al año. En la parte más baja de la escala de los salarios, el salario mínimo mensual, que el régimen de Babangida intentó infructuosamente abolir en todas las empresas que empleaban menos de 500 obreros, no ha subido desde 1981. En términos reales, el salario mínimo ha caído de cerca de 201 dólares a 16 dólares al mes. Bajo estas condiciones, los profesionales y los obreros especializados dejan el país en cantidades industriales. Los recortes presupuestales en los servicios médicos, educativos y sociales, junto con el alza de los impuestos, han erosionado aún más el estándar de vida de los residentes urbanos. Tanto la recesión industrial como los despidos en la administración pública han elevado el nivel de desempleo urbano así como la tasa de criminalidad.

Lamentablemente, la seguridad fue el único sector de los empleos estatales que creció durante la década de los ochenta.

No obstante el ataque contra sus derechos democráticos y su estándar material de vida, los nigerianos no han aceptado pasivamente su destino ni han fracasado en su resistencia frente al aparato de seguridad del estado o a la austeridad cre-

ciente. Dos incidentes importantes, uno contra los militares y otro contra la elevación del precio del petróleo que exigía el Banco Mundial, revelan cuán enérgica es la resistencia de los nigerianos de las ciudades. El primer incidente, que duró tres días, se produjo en el principal distrito comercial de Lagos. A raíz de la muerte de dos hermanos por agentes de la policía, se produjeron disturbios espontáneos contra el gobierno y, en especial, contra los servicios de seguridad. La prensa comercial se alarmó, pero reconoció que los observadores quedaron asombrados de la velocidad con la que crecieron los disturbios así como de la dificultad que enfrentó la policía para controlarlos. Si bien los disturbios parecen haber sido espontáneos, sus dimensiones políticas quedaron en evidencia cuando se transformaron en una batalla generalizada contra la policía, mientras que algunos grupos creían que, de alguna manera, estaban luchando contra el gobierno (EIU, 1, 1988:6).

Aunque los disturbios hayan sido espontáneos, revelan el nivel de hostilidad que los habitantes de las ciudades tienen contra los militares y los aparatos de seguridad del estado. Sin embargo, los servicios de seguridad siguen ampliándose y han penetrado las instituciones públicas como las universidades; las asociaciones civiles y la administración pública. Wole Soyinka, el premio Nobel de literatura de 1988, declaró que la nación estaba en crisis porque las fuerzas de seguridad obstaculizaban cualquier discusión sobre el PAE o sus alternativas. Al exigir el cese de la represión y de la brutalidad militar, Soyinka concluyó que: "De no ser así, nadie deberá asombrarse si los nigerianos empiezan a tomar medidas sin precedentes para salvaguardar su seguridad diaria". (*West Africa*, 1988:1409.)

El segundo acontecimiento es más reciente y encaja en la descripción de los disturbios anti-Fondo Monetario Internacional que hizo John Walton (Walton, 1987). Aunque en abril de 1988 fueron los estudiantes quienes hicieron manifestaciones contra la decisión gubernamental de eliminar el subsidio al petróleo, al año siguiente los disturbios se extendieron con el apoyo de la población urbana local. En lugar de que las manifestaciones se limitaran a los militantes estu-
dian-

tiles; a éstos se unieron los obreros desempleados y las mujeres del mercado a medida que el movimiento se extendía de Jos, en el norte, a Benin, Port Harcourt, Lagos y otras ciudades del sur. En Benin City fueron quemados automóviles, edificios y símbolos del estado, las multitudes atacaron la prisión y liberaron a 600 presos; en Lagos, los manifestantes atacaron las estaciones de policía. La policía humillada respondió con argumentos eficaces: miles de personas fueron arrestadas y cientos de ellas murieron. Según *West Africa*, un semanario controlado por el gobierno:

La nueva dimensión estriba en que otros elementos se han ido identificando de manera creciente con la protesta de los estudiantes. Ya había indicaciones de apoyo popular a los estudiantes el año pasado. Pero es seguro que la AFRA [los militares] evitará activamente cualquier coalición entre los estudiantes y los trabajadores (*West Africa*: 1989:956).

Los disturbios anti-PAE de 1989 marcaron el fin de la hegemonía de Babangida sobre la política de Nigeria. Se tomaron medidas para reactivar la economía, dar empleo y facilitar transporte más barato. Pero era difícil discernir cuál era el grupo significativo, aparte de los nuevos rentistas y de los militares, que hubiera recibido beneficios tangibles del PAE. En cambio, la atención se orientó hacia la transición al gobierno civil, el cual constituye cada vez más la única legitimación razonable del gobierno militar.

A continuación examinaremos el papel de los sindicalistas en estas luchas.

La respuesta del trabajo organizado

En 1978, los sindicalistas se reorganizaron en 42 sindicatos industriales para formar el Congreso Nigeriano del Trabajo (CNT). Enfrentado a la disminución de sus miembros, a los ataques de los agentes policiales y a las divisiones instigadas por el estado entre militantes y moderados, el CNT se vio obligado a permanecer a la defensiva. El gobierno de Baban-

gida, ansioso por calmar a los acreedores extranjeros y por levantar su popularidad en declinación, le dio apoyo a tribunales especiales que, entre muchos de sus actos represivos, sentenció a cadena perpetua a los líderes de un sindicato de la Compañía de Energía Eléctrica de Nigeria por ir a la huelga. En diciembre de 1987, en respuesta a la campaña del CNT contra la reducción del subsidio al petróleo que erosionaría aún más el estándar de vida, el gobierno detuvo a Ali Chiro-ma, jefe del CNT y a otros trece funcionarios. Luego de las amenazas de demandar al gobierno, los funcionarios fueron liberados y no se eliminó el subsidio en enero de 1988. Una fuente de los negocios internacionales llegó a la conclusión de que: "El CNT ha negado el supuesto de que carece de autoridad y se ha revelado capaz de influir tanto en la opinión pública como en la política gubernamental" (EIU, 1, 1988:7).

Como respuesta al éxito relativo del CNT, el gobierno alentó las divisiones en el liderazgo; la organización se desbandó en marzo de 1988 y se reconstituyó con un liderazgo más débil. El gobierno se negó a permitir que el sindicato de académicos universitarios (ASUU) siguiera afiliado al CNT. Es obvio que hay un enorme miedo a que una alianza obrero-estudiantil-profesoral pudiera movilizar la opinión pública para que ésta exprese sus sentimientos contra el PAE, el autoritarismo irrestricto y el giro hacia una administración abiertamente corrupta en el gobierno de Babangida. En el último año, el gobierno prohibió el sindicato académico (ASUU) y la asociación universitaria de estudiantes (NANS). Luego del golpe abortado del pasado abril, el servicio de seguridad se negó a permitir que el CNT llevara a cabo su tradicional celebración del primero de mayo. Los sindicatos, aunque debilitados por el colapso económico y la represión estatal, han ampliado su capacidad para articular los intereses populares de aquellos que están fuera del sector del empleo formal.

Derechos civiles y profesionales urbanos

La restructuración desmoralizó a los habitantes de las ciudades y destruyó su estándar de vida. No es de extrañar que ha-

yan sido los profesionales de la clase media y la *intelligentzia* quienes se han revelado como los bastiones de la resistencia contra el PAE y la represión del estado. A los periodistas se les encarcela de manera tan sistemática, que esto ya se ha transformado en un momento normal dentro de la carrera profesional de cualquiera de ellos. Los profesores universitarios son destituidos por expresar sus opiniones y plantear estrategias alternativas a la crisis de Nigeria. El acontecimiento que desencadenó la movilización de la resistencia frente al régimen de Babangida explotó literalmente en 1986, cuando Dele Giwa, director del semanario político *Newsweek*, fue asesinado con una bomba en una carta. Nadie se atribuyó el atentado, pero se supone que sólo el servicio de seguridad del estado tenía la capacidad técnica y los motivos para realizar el asesinato. El abogado de Giwa, Gani Fawehinmi, llevó adelante el caso contra dos importantes funcionarios de seguridad y, por supuesto, ha sido detenido en diversas oportunidades (Lubeck y Watts, 1989).

Como respuesta ante las violaciones de los derechos civiles y humanos, la sociedad civil urbana ha generado decenas de asociaciones de abogados radicales y de derechos humanos. Los abogados han acosado incontables veces al régimen para que libere a los prisioneros encarcelados sin juicio y para que respete las convenciones sobre los derechos humanos que el gobierno pretendía sostener. En julio de 1989, en apoyo al movimiento popular y a la legitimidad de las elecciones locales de gobierno, el Colegio de Abogados de Nigeria, por primera vez en la historia de la asociación, boicoteó las cortes y dirigió una huelga de 14 mil abogados (Olukoshi, 1990:31). Médicos y periodistas llevaron a cabo acciones similares.

Otras asociaciones profesionales, junto al Colegio de Abogados de Nigeria, han entrado en una oposición activa frente a los aparatos de seguridad. La nueva Organización de Libertades Civiles de Nigeria surgió para trabajar en estrecho contacto con los grupos de derechos civiles internacionales como Amnistía Internacional y Africa Watch. Es cierto que aunque un programa como el PAE esté imbuido del lenguaje retórico del neoliberalismo y de la libertad, la única manera de poner en práctica un plan como ése es con el apoyo de la

represión estatal. Nadie acepta el suicidio económico sin exigir una justa retribución para los responsables. Aquí el punto es que el PAE y el aumento de la represión estatal han generado una actividad organizativa en la sociedad civil nigeriana que tendrá un impacto positivo sobre el proceso social y político futuro. La prueba real serán las próximas elecciones nacionales. ¿Podrá el movimiento de protesta popular adquirir una forma política organizada a fin de lograr el acceso al poder político?

Durante el año pasado, el retorno prometido al gobierno civil ha sido estrechamente manejado por el gobierno. Los partidos políticos con organización autónoma fueron rechazados en favor de dos partidos fundados y organizados por el gobierno: los Republicanos Democráticos y los Social Demócratas, a los cuales se les ha ordenado que estén, respectivamente, un poco a la derecha y un poco a la izquierda. Es demasiado pronto para predecir el resultado de las elecciones, pero el grado de afinación que se refleja en la exclusión e inclusión de antiguos políticos no tiene precedentes. Uno de los candidatos a los que se le prohibió que participara en las elecciones, en forma injusta según la opinión de muchos observadores, es Balarabe Musa. Este fue un exitoso gobernador populista del estado Kaduna en 1979, pero fue enjuiciado por una legislatura conservadora asociada con el gobierno de Shagari. Investigaciones posteriores lo absolvieron de cualquier delito legal o financiero.

Hasta ahora, la transición hacia el gobierno civil ha despertado poco entusiasmo popular y la evidencia inicial plantea que el regateo étnico de vieja data y la corrupción prevalecen en ambos partidos políticos. Por otra parte, una vez que se realicen las elecciones y termine el gobierno militar, la fuerza contenida de las demandas populares por beneficios económicos y por el cese de las violaciones a los derechos humanos seguramente crecerá hasta transformarse en un movimiento político, una vez que se desaten las aspiraciones populares. La manera como el movimiento popular reprimido se intersectará con divisiones religiosas, étnicas y regionales igualmente fuertes, determinará en grado muy significativo el éxito de la transición hacia la democracia civil.

Conclusiones: hegemonía regional y estrategia industrial

Los procesos asociados con la crisis y la restructuración no sólo han transformado la economía, la política y los movimientos populares de Nigeria sino también prometen restructurar las relaciones entre los estados dentro de la región de África occidental. Aquí se combinan diversos factores económicos, políticos y estratégicos para ofrecerle a Nigeria la oportunidad de que profundice su hegemonía dentro de la Ecowas. Con una base económica y poblacional que fácilmente es el doble de las de los restantes estados juntos, Nigeria cuenta con élites políticas que han pretendido desde hace mucho el liderazgo de la región y el dominio del mercado común propuesto por los estados de la Ecowas. Nigeria ya le suministra electricidad a Níger, y ahora está implicada en un proyecto de 110 millones de dólares para construir una línea de 400 kilómetros hacia Benín, Togo y Ghana (*West Africa*, 1990:3014); a los estados vecinos los abastece de productos derivados del petróleo. Durante el año pasado, frente al colapso del gobierno de Benín, Nigeria suministró financiamiento para mantener la administración nacional en su lugar. En el frente militar, Nigeria es el elemento principal que comanda las fuerzas de pacificación de la Ecowas en Liberia, atrapada en una atroz guerra civil. En este caso, se considera que la rica provisión de mineral de hierro de alto grado de Liberia es el incentivo económico, y los hombres de negocios nigerianos están activos en toda la región.

Históricamente, desde la formación de la Ecowas bajo el patrocinio de Nigeria, el obstáculo principal para la integración económica ha sido los intereses políticos y económicos franceses así como sus élites clientelistas dirigidas por Houphoet-Boigny de Costa de Marfil, quien es quizás más famoso por haber construido la catedral católica más grande del mundo, mientras que los estudiantes se manifestaban contra la austeridad del PAE. En la actualidad, la antiquísima "relación especial" de Francia con África está siendo cuestionada por fuerzas que favorecen una mayor integración con Europa y una democracia autónoma más grande en sus antiguas colonias africanas negras. El colapso económico de esta

región y la fuerza de las inversiones francesas en Nigeria ofrecen la base material para una nueva alianza, en la que tanto Francia como Nigeria obtienen provecho al cooperar en la formación de una unidad económica viable en la región. Como el franco africano sobrevaluado está respaldado por el franco francés, los bienes producidos por Nigeria fácilmente socavan los precios de las manufacturas francesas en la región. Luego de una exitosa visita de Babangida a París, se discutió la solución de devaluar el franco africano a fin de coordinarlo con el naira nigeriano, para facilitar así el comercio y la inversión regionales. Francia, por supuesto, retendría su papel como líder de la técnica y de las inversiones en la región, mientras que Nigeria se transformaría en el líder político y en el productor de bienes industriales y agrícolas con un valor más bajo (*Africa Confidential*, abril, 1990:1-2). Frente a la realidad de que la mayoría de los restantes estados de África occidental se caracteriza por tener fronteras porosas, coaliciones de élite muy frágiles y administraciones débiles, sin hablar de la dependencia financiera respecto de Francia en el caso de los estados francófonos, si Nigeria y Francia cerraran un trato, la era poscolonial daría paso a una nueva fase de desarrollo político y económico-regional.

¿Es esto realista? Las crisis tienen su propia manera de reestructurar las expectativas y de crear soluciones que habrían sido impensables para la generación anterior. Por último, como es difícil imaginar una solución alternativa al colapso generalizado del estado poscolonial y de la economía de exportación primaria, la solución económica regional podría estar en el horizonte mucho antes de lo esperable.

Traducción del inglés:
MARIELA ÁLVAREZ

BIBLIOGRAFÍA

Africa Confidential (varios números).

Africa Recovery (varios números).

AMSDEN, A., *Asia's Next Giant*, Oxford, Oxford University Press, 1989.

ANDRAE, G. y B. BECKMAN, *Industry Goes Farming*, Informe núm. 80, Uppsala, Scandinavian Institute of African Studies, 1987.

Banco Mundial, *Sub-Saharan Africa: From Crisis to Sustainable Growth*, Washington, Banco Mundial, 1989a.

—, Lee, Kuy Sik y A. Anas (comps.), *Manufacturer's Response to Infrastructure Deficiencies in Nigeria*, Infrastructure and Urban Development Department, documento de trabajo, Washington, Banco Mundial, 1989b.

BIERSTEKER, T., *Multinationals, the State and Control of the Nigerian Economy*, Princeton, Princeton University Press, 1987a.

—, "Reaching Agreement with the IMF: The Nigerian Negotiations", Pew Diplomatic Training Project-SIR/USC, Los Angeles, 1987b.

—, "Prospects for Structural Adjustment in Nigeria", trabajo presentado en la reunión anual de la Asociación de Estudios Africanos, Denver, 1987c.

—, "The Relationship between Economic and Political Reforms: Structural Adjustment and the Political Transition in Nigeria", trabajo presentado en la conferencia de Stanford sobre "Transición democrática y ajuste estructural en Nigeria", agosto, de 1990.

Economist Intelligence Unit: Nigeria (varios números).

EVANS, P., *Dependent Development*, Princeton, Princeton University Press, 1979.

JOSEPH, R., *Democracy and Prebendalism in Nigeria*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987.

LANCASTER, C., "Economic Reform in Africa: Is it Working?", *The Washington Quarterly*, invierno de 1990, pp. 115-128.

— y J. WILLIAMSON (comps.), *African Debt and Financing*, Washington, Institute for International Economics, 1986.

LUBECK, P. (comp.), *The African Bourgeoisie*, Boulder, Lynne Rienner, 1987.

Newswatch (Lagos) (varios números).

OLUKOSHI, B., "Associational Life During the Nigerian Transition to Civilian Rule", trabajo presentado en la conferencia Stan-

- ford sobre "Transición democrática y ajuste estructural en Nigeria", agosto de 1990.
- WALTON, J., "Urban Protest and the Global Political Economy: the IMF Riots" (por publicar) Davis, California, 1988.
- Wall Street Journal* (varios números).
- WATTS, M. (comp.), *State, Oil and Agriculture in Nigeria*, Berkeley, US/University of California Press, 1987.
- _____, "Visions of Excess: African Development in an Age of Market Idolatry", trabajo no publicado, Berkeley, 1990.
- WILSON, E. y P. LEWIS, "Public Private Sector Relations under the Transition: Promises and Pitfalls of Privatization", trabajo presentado en la conferencia Stanford sobre "Transición democrática y ajuste estructural en Nigeria", agosto de 1990.